

EN TORNO A CENTENARIOS: TRAFALGAR

Eliseo ÁLVAREZ-ARENAS
de la Real Academia Española



L Tiempo, que en su pasar va haciendo a los hombres y que con el hacer de éstos acaba haciendo la Historia, tiene sus metros, sus medidas, para calcular sus propios pasos, y para, con tales cálculos, insinuar a esos hombres, que con él han hecho lo histórico, ideas de actividad que, desde cada presente hacia el pasado alejándose siempre, perfilen y delineen con trazos claros lo habido en el pretérito para mejorar su visión comprensible en cada presente interesado e inquieto. Uno de esos patrones métricos temporales es, naturalmente, el aniversario. El año lo inventó el hombre en el comienzo de los tiempos, por un deseo —tal vez ingenuo, pero basado al fin en realidades de lo natural en él y en el mundo en el que le pusieron— de volver a lo que ya fue para considerarlo —para reconsiderarlo— como algo nuevo que vuelve a empezar y que puede por tanto presentar otros aspectos claros y enseñar mejor así lo ya sido: la historia. Cada año que pasa sobre el hombre —o sobre el que el propio hombre pasa— invita a éste a reconsiderar lo sido, a pensar con cierta intensidad lo sido, que, al fin y al cabo, es lo hecho por él. El metro patrón del aniversario es unidad a la que el tiempo multiplica y la presenta con caracteres naturalmente semejantes pero insinuantes de otro modo de distintas tendencias de estudio y comprensión. Está el decenio, que, con decisión, lleva al centenario. El siglo, en cuanto unidad de medida de lo histórico, aclara en mucho —puede aclararlo, mejor— el sistema óptico con el que se ve la historia con interés de averiguar, porque es capaz de liberar a tal sistema de impurezas de partido e incluso de encomiables egoísmos momentáneos que, en cualquier disputa humana, polarizan los cristales de aquel sistema óptico de tal forma que no permiten ver con aprecio más que lo propio, aparentemente bueno, y lo ajeno como convenientemente malo. Al cabo de cien años, como medida temporal, quedan abiertos los límites del horizonte de cualquier marco histórico, laten a ritmo normal los corazones de quienes sienten conscientes el

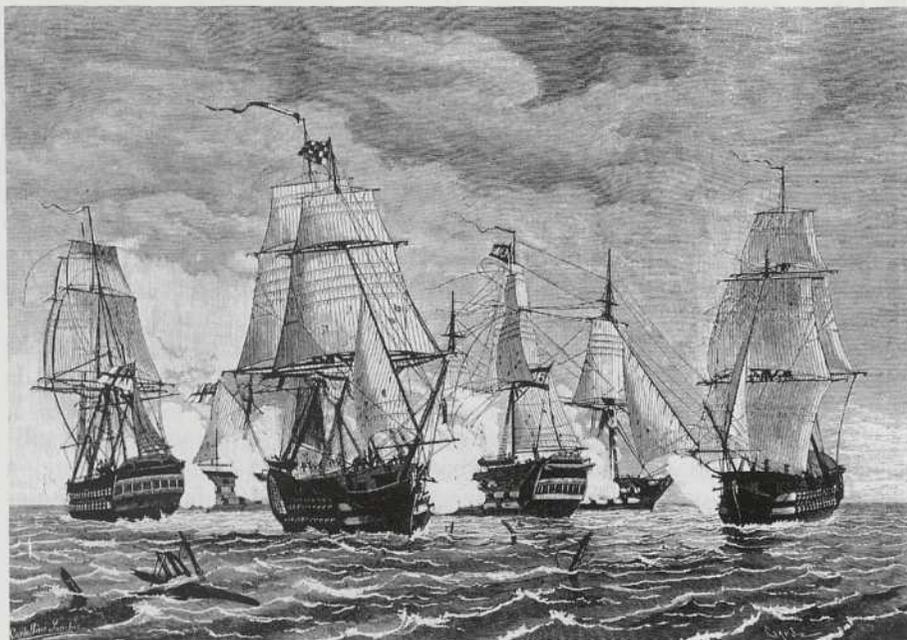
pasado y ven y entienden mejor las inteligencias que lo enjuician. Por eso conviene el recuerdo por su utilidad creadora; por eso, asimismo, es reprobable el olvido. Algo de esto dije hace muchos años, en 1966, al reflexionar sobre el centenario del combate de El Callao. Ahora está llegando el centenario segundo del trascendental combate del cabo de Trafalgar. Este segundo centenario de un relevante hito naval en la historia —en la historia de Europa, si se quiere, que era ya la historia de Occidente— obliga a pensar y fuerza con intensidad clara a reavivar el recuerdo para el mejor entendimiento de lo histórico que se aleja.

Los centenarios, las fechas redondas, incitan con fuerza a mirar al pasado histórico del comienzo del periodo temporal ese, en especial —y con mayor fuerza, si cabe— a los hechos destacados de ese ayer centenario, hechos —combates, batallas, conquistas— que trascienden en lo histórico y que, por eso, encierran densa y cargada enseñanza que no se agota con el tiempo, por más que en el principio de esos hechos, en el momento en que acontecen en su presente huidizo, puedan enseñar también lecciones claras y útiles siempre para quienes pretendan estudiarlos en profundidad y con sentido de realidad magistral. El tiempo que transcurre sobre esos hechos trascendentes deja ver a quien los estudie escenas y aspectos —lecciones, al fin— que no saltan con facilidad a la vista del estudioso en la coordinada temporal, porque parece reservar sus secretos para quienes «miren» con interés y entusiasmo a tales hechos en aquellas fechas redondas por las que él —el tiempo imparabile— pasa. ¿Por qué? ¿Por qué puede ser la cosa así? Diríase que porque se mira conscientemente a la historia hecha. Tal vez parezca esto redundancia absurda, ya que si la historia es ya historia no requiere más hacer. Pero no parece ser eso verdad completa. Historia es algo ya pasado, mas no siempre es algo hecho, ya que la historia pasada la «hacen» en cada presente que el Tiempo trae a escena los hombres que miran al pasado y dicen luego lo que han visto: ése es el real hacer historia, es decir, el práctico definir lo que la historia ha sido. De ahí la *subjetividad* que se incorpora a toda historia. Por tanto, todo eso es, como vulgarmente se dice, «discutible»; y lo es tal vez porque la raíz de esos hechos consiste en la conjunción de las dos disciplinas que con mayor intensidad están en la raíz y por ello llegan a hacer con fuerza la actividad humana en lo que solemos entender por vida nacional primero e internacional al fin, disciplinas tales que, como se podrá suponer, son la *Política* y la *Estrategia*, ambas de grande actividad y efecto consiguiente en el hacer decisivo del hombre en este mundo que entendemos por Historia.

Pero estamos ahora navegando proa al cabo de Trafalgar con la intención de traer a la memoria la realidad bicentenaria del combate en esas aguas —en octubre de 1805— entre una escuadra franco-española y otra inglesa, ambas prácticamente semejantes en fuerza material. Ese combate, trascendentalmente señalado, fue desde entonces y sigue siendo ahora un hito destacado con intensidad en la historia de la guerra naval de todo tiempo. Claro es que

Trafalgar, en cuanto acción naval, concierne directa, especial y particularmente a Inglaterra, a Francia y a España, pero encierra en sí capacidad densa de enseñanza referida a la mar, a las marinas de guerra, a la guerra naval y, por derivación natural, a la política y a la historia de cualquiera que se sienta interesado por eso que llamamos cosas de la mar. ¿Por qué? cabrá preguntarse ¿es que Trafalgar fue decisivamente diferente a los muchos casos que registran la guerra y la historia navales parecidos a él? Yo diría que destacó entre los primeros, pero que no llegó a tal extremo su superioridad comparativa como para obtener el grado superlativo y absoluto que se le dio desde el principio y que se le ha dado y se le da todavía en algunos sectores del pensamiento naval en nuestros días, grado desproporcionado ese que se ha reflejado en la literatura de cualquier orden referente a Trafalgar y que, a remolque de ella, ha marcado a la historia, no sólo a la particularmente naval, sino también a la general de amplio orden.

Claro es que si se ve la cuestión con otros ojos y con parámetros de suficiente individualidad se puede comprender cierta lógica en la desproporción del grado con el que se destaca en ciertos sectores lo de Trafalgar. Los ingleses, desde 1805, han destacado con fuerza grande lo de Trafalgar como un éxito bélico sin prácticamente precedentes para ellos. El combate del 21 de octubre de 1805 fue para ellos de trascendencia perdurable, no sólo ya para los tiempos siguientes cercanos al hecho, sino también para la consideración histórica que en lo naval persiste aún. Los ingleses, desde entonces, festejan todo 21 de octubre con recuerdos oficiales y remembranzas enseñantes e ilustrativas. Todo 21 de octubre es, en la Marina británica, lo que se entiende por fiesta. El primer centenario, en 1905, fue naturalmente señalado con un destacar especial; como lo está siendo ya este segundo. Todo ello es comprensible. Francia y España —franceses y españoles, mejor— siguen viendo a Trafalgar en los marcos que lógicamente le corresponden. Para franceses y españoles fue Trafalgar una derrota estruendosa y decisiva. Resultó para ellos un gran fracaso. Por eso no es el tiempo marcado lo que anima su recuerdo. Para Francia y para España —en especial, tal vez, para esta última— Trafalgar fue decisiva moribundia que acabó con sus ánimos en la mar; en la guerra naval. Todo procedía, acaso, en cuanto preámbulo de aviso conminatorio, del combate de Finisterre, del de cabo de Santa María, del de San Vicente. Ante su fracaso a la altura de Finisterre frente a una escuadra inglesa no superior en lo material, Villeneuve, almirante comandante de la fuerza francesa, desiste de arrumbar a Brest, como previsto estaba en la maniobra general, y se dirige a Cádiz. Napoleón, contrario a la decisión del almirante, dispone su relevo, y Villeneuve, acaso ante eso, alteró el plan de operaciones de la combinada escuadra franco-española, proponiéndose como objetivo entrar en fuerza en el Mediterráneo para recuperar Sicilia. Se dice que Villeneuve salió de Cádiz con la escuadra combinada para evitar la llegada a tiempo de Rosilly, que habría de relevarle por decisión napoleónica y salvar su honor. La escuadra salió de Cádiz pese a



El navío *Príncipe de Asturias*, arbolando la insignia de Gravina, se bate contra cinco navíos ingleses (21 de octubre de 1805). (Composición y dibujo de A. Cortellini).

la oposición a ello de los almirantes españoles: Gravina el primero, inmediato subordinado tácticamente al francés Villeneuve. El 21 de octubre se enfrentó con la escuadra inglesa de Nelson. Las fuerzas eran similares, poco más o menos, en lo material: 33 navíos de línea combinados —18 franceses y 15 españoles— frente a 28 ingleses. El resultado del combate, repítase, fue el éxito victorioso inglés y la derrota humillante de franceses y españoles. Así acabó lo que entendemos por Trafalgar en su amplio sentido bélico-naval e histórico.

Victoria inglesa y derrota franco-española. Victoria, así, por lo anímico o espiritual, porque en lo material había claro equilibrio. Y es que ese impulso del alma en la guerra naval nace del arraigo y de la fuerza brotante de lo que siempre se ha entendido en cuestiones de mar por mentalidad, por la forma decisiva del pensar de la nación —del pueblo— sobre cuestiones de mar, emanantes e impuestas realmente por la condición de esa nación y de ese pueblo derivadamente. Inglaterra siempre ha sido de condición indudable y marcadamente marítima; la mentalidad del pueblo inglés ha sido en la historia siempre, y lo es en el presente histórico, decididamente marítima. España también, aunque Francia menos, ha sido siempre asimismo nación de condi-

ción marítima con eminencia, pero su mentalidad, desde los Austrias españoles y desde luego en Trafalgar, acabó continentalizándose al pasar el mar, lo marítimo y lo naval, a plano secundario o terciario en el hacer político español. Francia tenía al arrancar el siglo diecinueve mucha dosis de continentalidad en su pensar y, por tanto, en su hacer en la mar. Con tales parámetros de visión, el resultado de Trafalgar puede calificarse de naturalmente lógico. Los ingleses proclamaron desde 1805 su éxito en Trafalgar con marcado optimismo: ¿fue éste normal o tiene ciertos visos de exageración? Según se vea, claro es. Objetivamente apreciado, tal vez pueda haber algún grado sensible de subrayado excesivo; algo se ha dicho ya aquí poco antes. Frente a tal sentimiento inglés vibra aún desde entonces el abatimiento pesimista francoespañol; más español que francés, podríase decir. El mando de la escuadra era francés. Los españoles —segundo, Gravina, en decisiones tácticas— discrepó en mucho de lo francés en Trafalgar. Sin embargo, no por eso debe estar exento del signo del fracaso. Después del combate del 21 de octubre de 1805 pudo haberse repuesto sin esfuerzos grandes la armada franco-española; desde luego la de España. No llegó a efecto el caso en lo referente a la española: faltó política naval, fruto siempre de la mentalidad correspondiente. España, en la mar, quedó desmoralizada después de Trafalgar, con desmoralización marcada y activa. Se vino abajo el estar presente de España en la mar; tanto fue así que prácticamente quedó España incomunicada con América; con su América. Fue, en bastante, causa eso de la independencia de casi todo el imperio español americano.

Todo pasado —la historia en sí— constituye un callado contenido de enseñanzas —de lecciones, se suele decir con frecuencia— que puede ser abierto si se aprecia con interés indagatorio para dejar brotar y salir al aire libre de cada presente el saber que encierra. Trafalgar, por tanto, encierra enseñanzas para toda aquella generación —individual o general que pretenda descubrirlas e inventarlas. Para mí, una de esas lecciones que yacen en el hondón de lo que Trafalgar ha significado siempre es la influencia decisiva de la guerra en la mar— de la que conviene siempre entender como guerra naval sobre la guerra en tierra, sobre lo que procede comprender como guerra continental. En las guerras serias de la historia, a la larga, la mar victoriosa prevalece sobre la tierra incierta, y acaba dejando constancia de su contundente influencia en el resultado final de lo bélico, sencillamente porque el dominio del mar, una vez conseguido y afianzado, permite la intervención armada en tierra —tras la invasión por la mar— de quien tiene ya franca y normal la maniobra de posarse en el continente. Trafalgar es ejemplo claro de ello, aunque no es indudablemente el único en lo bélico de la historia; tampoco fue el primero ni resultó ser el último, porque en las dos guerras mundiales —así llamadas ahora— se repitió el fenómeno, en especial en la segunda. En las guerras del siglo XVIII y de principios del XIX, Francia —como hoy en el fondo— era nación continental en mucho; desde luego bastante más que España. Ambas

eran marítimas también, pero España lo era con mayor eminencia que la nación francesa. Inglaterra, eminente y absolutamente marítima, combatía en los años de Trafalgar contra la continentalidad franco-española, pero para alcanzar el continente hubo de asegurar el dominio del mar que le hiciera posible la invasión. Trafalgar constituyó el remate de la guerra en la mar. Los ingleses, tras el logro tráfalgario, quedaron en condiciones de poner el pie bélico en tierra continental y de batir en ella al enemigo desarmado y desmoralizado ya en la mar. Trafalgar, al fin y en suma, hizo posible el Waterloo de 1815 y, antes, como intermedios necesarios, favorables a los anglo-españoles ahora, la Victoria de 1813 y el San Marcial del mismo año.

Todo eso —habiendo quedado desde entonces marcadamente registrados como hechos y acciones bélicas decisivas en la historia— no está debidamente impreso aún en el pensamiento franco-español, por más que lo esté, naturalmente, en el inglés y en otros ámbitos nacionales de consciente mentalidad marítima.

Lo precedente es —para mí, al menos— una enseñanza clara y radical que surge de la realidad bélica e histórica que fue Trafalgar, enseñanza ésa que afecta decidida y directamente en mucho a España, a lo nuestro, a lo de todos los españoles de ayer y de hoy incluso, lo entendamos o no, lo queramos comprender tras intentarlo con interés o lo ignoremos por desidia o por incapacidad de aprendizaje. Convendría que todo ello hubiera sido considerado en sus verdaderas coordenadas y que todavía siguiera siéndolo. La realidad aparente es que, en su completa integridad expresiva —en lo bélico y en lo histórico—, no lo ha sido ni lo es en las lógicas dimensiones que el caso tráfalgareño exige. Lo peor, acaso, es que no lo sea hoy ni mañana. Es lástima, porque si no se estudian, si no se comprenden y no se aplican al vivir de las naciones y de sus hombres las lecciones de la historia no se llegará a la realidad expresiva del ser nacional. Sin embargo, pueden pulsar otras mentes que, con equilibrio adecuado, lleven a la práctica nacional lo que la historia, en el marco de la guerra general y naval, enseña siempre. Esperemos, deseemos, que con lo de Trafalgar, y sobre la base de este su segundo centenario, acontezca tal cosa.

